



rmbm.org



rmbm.org/rinconlector/index.htm

EL DOLOR DE LOS DEMÁS



Miguel Ángel Hernández

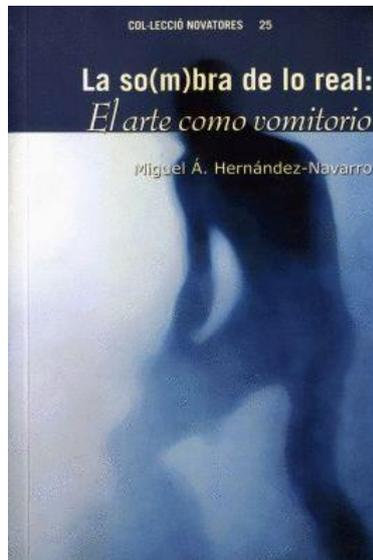
Murcia

Miguel Ángel Hernández

<http://www.mahernandez.es/bio/>

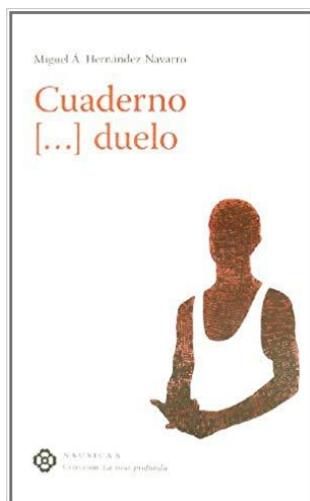


Miguel Ángel Hernández Navarro (Murcia, 1977) es escritor y profesor de Historia del Arte en la Universidad de Murcia. Ha sido director del CENDEAC (Centro de Documentación y Estudios Avanzados de Arte Contemporáneo) de Murcia, Research Fellow del Clark Art Institute (Williamstown, Massachusetts) y Society Fellow de la Society for the Humanities (Cornell University). Ha sido investigador principal del proyecto de I+D Temporalidades de la imagen: anacronismo y heterocronía en la cultura visual contemporánea y forma parte del Grupo Estudios Visuales: Imágenes, Textos, Contextos.

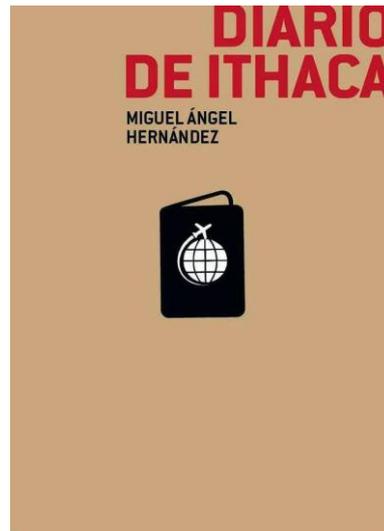


Sus áreas de interés son el arte, la teoría y la cultura visual del mundo contemporáneo, con un especial énfasis en las visualidades de resistencia, tecnología, las políticas migratorias y las temporalidades antagónicas. Ha colaborado en revistas como Exitbook, Manifesta Journal, Aut-Aut, Estudios visuales, Debats o Revista de Occidente. Es autor de varios ensayos de arte contemporáneo y cultura visual: Materializar el pasado. El artista como historiador (benjaminiano) (Murcia, 2012), Art and Visibility in Migratory Culture (Ámsterdam, 2011; editor, junto a Mieke Bal), Robert Morris (San Sebastián, 2010), 2Move: Video Art Migration (Murcia, 2008; con Mieke Bal), El archivo escotómico de la modernidad: pequeños pasos para una cartografía de la visión (Madrid, 2007), La so(m)bra de lo Real: el arte como vomitorio (Valencia, 2006),?

Impurezas: el híbrido pintura-fotografía (Murcia 2004, junto Pedro A. Cruz) o Cartografías del cuerpo (editor, junto a Pedro A. Cruz).



Entre sus libros de ficción se encuentran: Cuaderno [...] duelo (Murcia, 2011), Infraleve: lo que queda en el espejo cuando dejas de mirarte (Murcia, 2004), El bebedor de lágrimas (Murcia, 2008) o Demasiado tarde para volver (Murcia, 2008). Su primera novela, Intento de escapada (Barcelona, Anagrama, 2013; semifinalista del XXX Premio Herralde de Novela, Premio Ciudad de Alcalá de Narrativa y Premio La Culturería) ha sido traducida al francés (Éditions du Seuil), alemán (Wagenbach), italiano (E/O Edizioni), inglés (Hispanbooks) y portugués (Betrand Brasil). Su segunda novela, El instante de peligro, también publicada por Anagrama, ha sido finalista del XXXVIII Premio Herralde Novela. El dolor de los demás (Anagrama, 2018) es su última novela.



Tres son los títulos del género Diario escritos hasta hoy por Miguel Ángel Hernández: Presente continuo (Diario de una novela) (Ed. Balduque, 2016); Diario de Ithaca (Fundación Newcastle, 2016); y Aquí y ahora. Diario de escritura (Ed. Fórcola, 2019).

También ha sido comisario de exposiciones como Impurezas (Murcia, 2002), Peripheries of the Body (Nueva York, 2006), 2Move: Double Movement/Migratory Aesthetics (Murcia, Enkhuizen, Oslo, Belfast, 2007-2008, con Mieke Bal), Ursula Biemann: Sahara Chronicle (Murcia, 2008) o Mieke Bal: La última frontera (Murcia, 2011).

Desde 2013 colabora con el grupo curatorial 1er Escalón en la organización de exposiciones y actividades culturales.

https://elpais.com/cultura/2018/06/14/babelia/1528974198_230142.html

NADIE SALE COMO ENTRÓ

Miguel Ángel Hernández firma 'El dolor de los demás', una novela que creará escuela a partir de un crimen que le marcó

J. ERNESTO AYALA-DIP | 18 JUNIO 2018

Tres cuestiones quisiera adelantar antes de entrar en materia, que también es una manera de entrarle a la nueva novela de Miguel Ángel Hernández, El dolor de los demás. El enigma que se plantea no es el criminal con el que se juega durante todo el relato, sino el humano. Segunda cuestión, el asunto que convoca esta novela no era el que se podía esperar de su autor, una vez leídos sus libros anteriores, todos ellos de una gran solvencia narrativa y estilística. Y tercero,

después de su lectura se corrobora una ley no escrita: de ninguna investigación sobre los demás se sale indemne, nadie sale como entró. En líneas generales, esta es la atmósfera literaria y temática de esta novela, de la que no dudo que creará escuela en nuestro país.

Miguel Ángel Hernández escribe la novela que estamos leyendo porque un escritor amigo lo animó a hacerlo. A ese amigo, nuestro autor le comentó un hecho luctuoso ocurrido en su pueblo hace casi 25 años, un hecho en el que él estuvo emocionalmente muy involucrado. Un amigo de la infancia y adolescencia mató, la Nochebuena de 1995, a su hermana para luego arrojarse a un precipicio. El amigo le responde que ahí hay una novela. Así comienza Hernández a esbozar su historia. Para ello recurre a modelos narrativos que ha leído: Emmanuel Carrère, Delphine de Vigan. Luego viene el trabajo de campo. Entrevistas, anotaciones, comentarios oídos en el pueblo con gente que casi fue testigo de los acontecimientos. A la vez, el autor es acosado por periodos de remordimientos, contradicciones, interrogantes sobre si debe acometer esta indagación casi detectivesca. Si debe hacerlo empleando la frialdad del investigador o tratar de saber cómo su mejor amigo pudo cometer semejante crimen. A medida que pasa el tiempo, la novela que escribe Miguel Ángel Hernández sufre demoras, inconscientes o conscientes, obligadas, o simplemente desesperanzadas de que este trabajo sirva para algo más que saciar una morbosa curiosidad.

El dolor de los demás se desarrolla en dos niveles narrativos, el presente en que se recaba información para escribir la novela y el pasado, donde el autor, narrado en una ejemplar segunda persona del singular, reflexiona sobre los momentos casi exactos posteriores al crimen. Si en el primer nivel el narrador no atina a saber qué ocurrió hace unas pocas horas, en el segundo todo se encamina a saber. O a saber hasta cierto punto, dejando claro que nunca se sabrá absolutamente todo lo que ocurrió en aquella habitación donde un hombre mató a su hermana.



Obsérvese bien la portada de la novela. Porque ahí está parte del secreto que se nos narra, ahí el autor encontró, como el protagonista de *Las babas del diablo*, el célebre cuento de Julio Cortázar, el mecanismo de una ausencia sintomática en toda la novela que leemos. La persona que el autor no podía ver, pero que existía. La víctima que el amigo ausente le impidió ver. Miguel Ángel Hernández ha escrito una novela mayor en su tesitura. Y la mejor que he leído en mucho tiempo, en castellano o traducida, sobre el dolor de los demás y la pregunta de si, al final de todo lo enormemente triste que nos ocurrió, podemos perdonar.

https://www.abc.es/cultura/cultural/abci-miguel-angel-hernandez-contar-y-entender-vida-201805160146_noticia.html

MIGUEL ÁNGEL HERNÁNDEZ, CONTAR Y ENTENDER LA VIDA

Un trágico suceso recorre «El dolor de los demás», novela donde su autor no solo busca la verdad de unos hechos sino también de la literatura misma

JOSÉ MARÍA POZUELO YVANCOS | 16 MAYO 2018

Ha hecho mucho daño a la comprensión de la literatura la categoría crítica de la autoficción, con la que esta novela nada tiene que ver. El daño principal es que la pantalla de esa categoría está ocultando, tras la niebla de un concepto facilón,

que la mejor literatura que está escribiéndose en España por parte de una generación de autores tiene que ver con un límite que siempre está ahí: la necesidad de contar la vida, y quizá de entenderla mientras se hace. La necesidad de conocerse.

En ese ámbito escritural del yo que no necesita de la ficción para ser novela, se inscriben algunos de los mejores libros que he leído en los últimos años. Citaré dos con los que la novela de Miguel Ángel Hernández comunica: *Lo que a nadie le importa* de Sergio del Molino y *Ordesa* de Manuel Vilas. Hay en ellos la comunicación de una necesidad, la escritura como ámbito donde se dirime la búsqueda de una identidad que se origina en el ámbito familiar, muchas veces cuando el padre o la madre ha muerto o, como en el caso de M. Á. Hernández, cuando un suceso del pasado necesita ser contado para entenderse, y quizá aceptarse. Son libros de pérdida y de ganancia. Casi siempre de salvación de una memoria que tiene la necesidad de decir para que exista.

Apuntaba Torrente Ballester que la literatura confiere al mundo los desenlaces de que este carece. De ahí su necesidad, porque solo la literatura puede resolver las nieblas de tu pasado o los vacíos que debe un sujeto rellenar. En esta novela hay un momento liminar, sucede al final de la sección IV, titulada «Performance», cuando el narrador percibe la inutilidad de la novela para decir la vida, porque las palabras son una derrota, una representación, una performance, tras la que el artista duda de su verdad, por su impostura. Ese límite impone a la literatura su frontera. Ocurre desde que Platón lo perfiló. Pero el otro límite es el silencio, ilusionarse con que la vida es algo que no necesita de la narración o de la palabra para existir, que la memoria puede llegar a ser aunque no se diga, o que la historia es algo que puede sobrevivir sin relato.

Asesinato brutal

Estas reflexiones nacen de la singularidad de una novela formidable que tiene distintos planos de lectura. Uno primero, que es el más llamativo, es la necesidad de contar un hecho con el que comienza y nunca abandona: el mejor amigo del autor se tiró por un barranco después de asesinar brutalmente a su propia hermana. Ocurrió hace veinte años. Siempre estuvo ahí, pero no estaba, era la sombra que quería permanecer en tiniebla. Mejor olvidarlo. Cuando tal cosa no es posible, cuando un autor tiene la necesidad de iluminar, nace una novela, a la que el lector asiste desde el proceso de su misma escritura. Sus dudas, miedos, dificultades, la reflexión sobre lo posible e imposible del contar, la de saber o no hacerlo.

Este es el segundo plano. Hernández es uno de los novelistas más reflexivos. Es profesor de teoría del Arte y piensa que casi nada sea inocente. El artificio

cervantino, que quizá le ha llegado por la vía de Cercas, ha sido dominante en el plano de la estructura narrativa: es una novela cuya escritura está haciéndose mientras el lector la lee. Pero hay otro plano: la quète, la búsqueda de la verdad termina siendo otra cosa distinta a la que originó la novela. La pregunta sobre aquel crimen lleva al narrador a encontrarse con la historia de sus huidas, de su profunda incomunicación con un mundo, el de la huerta, al que pertenece y del que se ha enajenado. Para respirar, para vivir. Es un nudo de conflicto entre dos culturas, la del pasado y la del presente, que atraviesa como una daga los sentimientos de no pertenencia intelectual y, sin embargo, la necesidad de salvación afectiva.

Como ocurrió con Edipo, la indagación del crimen es una búsqueda de uno mismo, de su propia infancia compartida con el asesino Nicolás, y finalmente, cuando la novela da el giro hacia su salvación, la de la Rosi, la víctima que había quedado subalterna, sin lenguaje. Hay además otro plano, narrado muy eficazmente en segunda persona, en el que la niñez desde la memoria del narrador es vista en flashes indagatorios, profundamente lúcidos. En esta gran novela triunfa la literatura, porque sabe ir más allá de la ficción y urge a la palabra la restauración de la verdad no dicha. No conocida sin ella.



<https://alicanteplaza.es/miguel-angel-hernandez-la-violencia-de-genero-es-dificil-de-erradicar-porque-nos-posee-como-un-virus>

ENTREVISTA

Miguel Ángel Hernández: "La violencia de género es difícil de erradicar porque nos posee como un virus"

Eduard Aguilar | 11 JUNIO 2018

De monaguillo enamorado de Bach a lucir look combinado de gorra, gafas y luenga barba de lo más hipster. De tierno muchacho entrevistado por la televisión regional por ser amigo de un homicida, a reconstructor de la figura del monstruo y la víctima. De la huerta de Murcia al mundo gracias a una prosa honesta y decidida, construida a base de cincelar y eliminar lo superfluo, de ir al grano, incluso cuando se meten por en medio los remordimientos y la memoria en forma de flujo discursivo.

Miguel Ángel Hernández (Murcia, 1977), profesor de Historia del Arte en la Universidad de Murcia, ensayista en *La so(m)bra de lo real*, Robert Morris o *Materializar el pasado*, "dietarista" en *Presente continuo: diario de una novela* y *Diario de Ithaca*, novelista en *Intento de escapada* (Premio Ciudad Alcalá de Narrativa) y *El instante de peligro* (finalista del XXXIII Premio Herralde de Novela), se zambulle en la memoria personal y colectiva de uno de esos crímenes que hasta hace no mucho se etiquetaban como "de la España profunda", pero que en realidad escondía el andamiaje de una mentalidad en proceso de cambio, la del "macho herido", la del acta de posesión de las mujeres por los hombres de su entorno.

En la Nochebuena de 1995, el mejor amigo de Miguel Ángel Hernández asesinó a su hermana y se quitó la vida saltando por un barranco. La investigación se cerró con un culpable evidente y el crimen quedó para siempre en el olvido, dejando un monstruo más para el catálogo de la historia, pero evitando entrar en las profundidades del mal. Veinte años más tarde, tras una conversación con su colega Sergio del Molino, Hernández retoma la historia, su historia, para pasar cuentas, para recordar, para olvidar. El resultado es *El dolor de los demás*, publicada por Anagrama en este 2018, que el sábado 9 presenta en la librería alicantina Pynchon&Co.

-¿El dolor de los demás es un intento de empatizar con la víctima o con el monstruo?

—Es un intento de mirar de frente al monstruo —al otro radical, pero también al monstruo que todos llevamos dentro— y afrontar aquello que no puede ser comprendido de ninguna forma —lo más oscuro—, pero también de situarse, o al menos tratar de hacerlo, en el lado de la víctima, la persona a la que ha sido

arrebatada de cuajo la vida. Atender a la parte de la víctima, pero sin volver a matarla, escapando de la tentación del morbo y la curiosidad malsana.



-¿Por qué narrarse a uno mismo? ¿Te sientes inoculado por el virus de la autoficción?

—No es posible escribir sin escribirse. Toda escritura, en el fondo, es una escritura de uno mismo. Lo que ocurre es que, muchas veces, el yo queda fuera de campo, o debajo del texto. Pero, cuando miramos el mundo, nuestra sombra mancha aquello que percibimos. Por eso es muy difícil quitarse de en medio. Para mí es esencial comprender eso, saber que estoy en medio de las cosas y que solo puedo conocerlas a través de mi experiencia. Por eso en todo lo que escribo —y en particular en esta novela— el yo está presente, porque es el único sitio desde el cual puedo afrontar el mundo.

Sobre la autoficción habría mucho que hablar. Es una etiqueta que, como cualquier etiqueta, simplifica el alcance del texto. El dolor de los demás es una novela, con eso bastaría. Es cierto que el narrador coincide con el autor; quizá eso sea la parte que llamamos autoficción. Pero a mí me gusta más el término “novela autobiográfica”. Entre otras cosas porque lo que cuento ha sucedido. No es ficción. Es real. El término autoficción remite a unos juegos literarios que, al menos en esta novela —quizá sí en las dos anteriores—, no pretendo realizar.

-¿"La Huerta" puede ser un territorio mitológico, a la manera del condado de Yoknapatawpha de Faulkner?

—Esto es algo que me ha sorprendido de la lectura de la novela. Cuando yo escribía, simplemente me acercaba al territorio que me rodeaba, pero, al terminarla, me di cuenta de que, en cierto modo, la había convertido en un territorio literario —casi más que mitológico— e, incluso yo, comenzaba a mirar el paisaje de un modo distinto. Creo que todos los lugares son potencialmente literarios, al menos si en ellos se presentan unos conflictos que pueden ser entendidos más allá del contexto cercano, es decir, si en ellos opera una cierta universalidad. Creo que eso es una de las claves de la literatura, transformar lo íntimo y cercano en algo compartido y universal.

-Si toda estética es una ética, ¿qué caracteriza la prosa en que el MAH escritor interpela al MAH hermeneuta? ¿Qué mecanismos narrativos le hacen actuar como psicoanalista?

—Esa idea de ética y estética como ámbitos entrelazados no siempre está tan clara. Creo que son cosas diferentes, y, de hecho, en el arte no siempre van de la mano. La literatura no siempre tiene que ser ética o moral. Ni tampoco el escritor. Esto es peligroso porque nos quedaríamos con una literatura buenista que nos ofreciera sólo actos éticos. Creo que es algo más complejo. En lo que respecta a mi novela, la pregunta ética está presente, pero no hay una respuesta clara. Me pregunto por la legitimidad de escribir acerca de los otros, pero acabo escribiendo. Quizá lo verdaderamente ético habría sido no hacerlo, no escribir, dejar las cosas en paz. Pero remuevo el pasado, sabiendo incluso el daño que eso puede hacer a ciertas personas. ¿Es ético? ¿Es legítimo? ¿Es bueno? No está tan claro y es una pregunta que queda abierta. Las novelas no deben aspirar a cerrar nada, sino a abrir interrogantes. Es el lector el que, en cada caso, intentará responder a esas preguntas planteadas.

-A mediados de los 90 (una década que todavía no ha entrado en el juego revival, en la “recuperación acrítica”, andamos aún por los 80...) no existía la “violencia de género”, al menos como etiqueta, como sustantivación. ¿En cuántas violencias se encontraba enmascarada?

—Ni en los 90, ni antes, y todavía hoy hay contextos a los que no ha llegado o no se aplica del todo. Se ocultaba en la violencia incomprensible, en algo que sucedía en casos aislados, pero no una cuestión estructural, en algo que, como hoy sabemos, está más allá de lo individual. Es una violencia que está en las instituciones, en el lenguaje, en el sistema de relaciones, en todo lo que nos rodea, y que precisamente por eso es tan difícil de erradicar, porque nos posee como un virus. Es muy importante nombrarla, hacerla visible para poder identificarla.

-Si todo crimen es un enigma, ¿cómo se consigue narrar un enigma sin pretender resolverlo?

—*La cuestión aquí sería: ¿qué es resolver un crimen? ¿saber quién es el asesino? ¿conocer los motivos? En este caso estaba claro que el asesino era mi amigo, y no podía hacerse ya nada porque se suicidó. Es inútil seguir investigando, al menos para la policía. Las preguntas que quedan en el aire ya no son preguntas policiales, están en el ámbito de lo humano. A mí me preocupaban al principio de la novela, pero poco a poco comienzo a pensar que lo realmente importante está en otro lado, o que eso no me va a llevar a nada. Y que tampoco tengo derecho a saber.*

-¿Se puede hacer autoficción con un 100% de ficción? ¿Y viceversa?

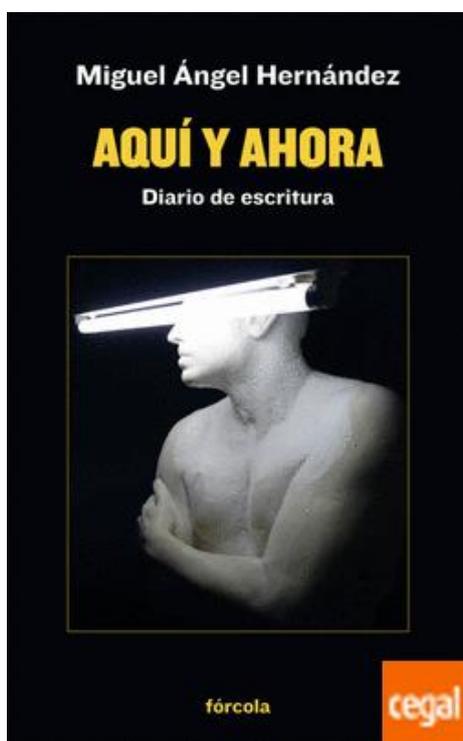
—*Creo que estas dos preguntas están respondidas. La autoficción necesita un poco de realidad. Que el autor y el narrador coincidan y que haya cierta realidad en el exterior que haga que en el lector se produzca un cierto anclaje en lo que se cuenta. Autoficción es introducirse como personaje en una narración, aprovechar algo de real, y a partir de ahí contar una historia. Es como un avatar en un videojuego. Un avatar que se parece a nosotros y con el cual jugamos. Autoficción sin ficción es autobiografía. Y creo que esta novela está más cerca de eso que de la autoficción. Porque, salvo alguna licencia literaria y ciertas concesiones a la narración, lo que se cuenta es real.*

-Murcia pasa por ser una de las ciudades más hipsterizadas de España. ¿Ha influido eso para que personas como tú permanezcáis en ella, sin la necesidad de emigrar?

—*No tenía yo esa sensación de hipsterización. Todo lo contrario. Aunque, no sé, supongo que desde fuera las cosas se ven siempre diferentes. Lo que sí que tiene Murcia es una actividad cultural constante para ser un lugar pequeño, y es un sitio muy agradable para vivir. Digamos que uno se siente muy a gusto, al menos en mi caso. También es cierto que, en ocasiones, es necesario salir para respirar. Es un buen lugar para regresar.*

-Cerrando el círculo... ¿hasta qué punto podemos empatizar con el dolor de los demás?

—Es muy difícil, sobre todo en el mundo actual, donde vivimos centrados en lo propio y apenas miramos al otro. En el libro de Susan Sontag del que proviene el título de mi novela —Ante el dolor de los demás—, se sostiene que esa pérdida de empatía con el dolor del otro se debe a que ese otro está alejado como una imagen y nunca nos toca. Creo que hoy es necesario sentir al otro como un prójimo para poder empatizar con su dolor. Es el único modo de sentir compasión, experimentar ese dolor intentando ponerse por un momento en el lugar del otro. Y eso sólo es posible si el otro deja de ser un otro lejano y se convierte en alguien sobre el que proyectamos la cercanía.



https://elpais.com/cultura/2019/04/11/babelia/1554982353_704856.html

ENTREVISTA A MIGUEL ÁNGEL HERNÁNDEZ TRAS LA PUBLICACIÓN DE AQUÍ Y AHORA. Diario de escritura.

BABELIA | 17 ABRIL 2019

Al mismo tiempo que se lanzó a escribir *El dolor de los demás* —la memoria de un compañero de la infancia que mató a su hermana y se suicidó—, Miguel Ángel Hernández, escritor y profesor de Historia del Arte, empezó a escribir un diario, *Aquí y ahora*. El primero lo publicó Anagrama el año pasado; el segundo lo acaba de publicar Fórcola.

¿Por qué un diario en segunda persona?

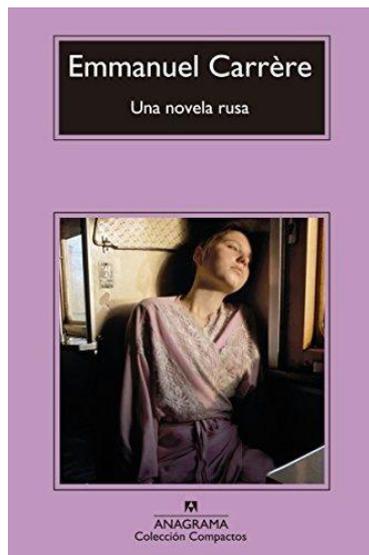
Supongo que para introducir una pequeña distancia en la experiencia cotidiana. Y también, lo confieso, porque, por alguna razón, me sale natural. Tal vez porque soy géminis.

De todos los libros que cita en el diario, ¿con cuál se quedaría?

El amor en los tiempos del cólera.

¿Y cuál le habría gustado escribir?

De los que aparecen en el diario, Una novela rusa, de Emmanuel Carrère. De los que he leído en mi vida, Todo cuanto amé, de Siri Hustvedt.





¿Qué libro le hizo querer ser escritor?

Hay un antes y un después de El malogrado, de Thomas Bernhard.

¿Y qué exposición le hizo interesarse por el arte?

En la adolescencia visité una exposición de Gerardo Rueda. No me enteré de nada, y a partir de ese momento me esforcé por comprender y apreciar el arte actual.

¿Cuál es el escritor vivo que mejor entiende el arte contemporáneo?

Un ser a medio camino entre Siri Hustvedt, César Aira y Enrique Vila-Matas.

¿Cuál es el artista vivo que más le interesa?

La británica Tacita Dean. Sus trabajos sobre la historia del fracaso y el fin del mundo analógico me fascinan.

¿Qué está socialmente sobrevalorado?

Viajar para ver cosas.

¿A quién le daría el próximo Premio Velázquez?

A Juan Genovés.

¿Y el próximo Cervantes?

A Vila-Matas.

